

proseguido su marcha y se hallaba lejos. Frustrada esa esperanza, los facciosos se dirigieron como el día antes á la Escuela veterinaria, que defendían ciento cincuenta hombres del 17.º ligero; pero estas tropas, en vez de mantener á distancia á sus adversarios, dejéles que se acercaran demasiado y fueron desarmadas. De los soldados, unos pudieron ganar los fuertes de la orilla derecha del Saona y se juntaron con sus camaradas; otros, confundidos con los amotinados y con algunos alumnos de la Escuela, se dejaron llevar entre los gritos de «¡viva la línea!» De regreso en la Croix Rousse, las partidas se apoderaron allí sucesivamente de la cárcel y de la alcaldía, al mismo tiempo que toda la meseta en donde se alza este turbulento municipio se llenaba de barricadas. Los delegados, reunidos en conciliábulo, creaban una especie de comisión de gobierno y, dueños ya de las alturas, apercibíanse á descender á Lyon.

Había llegado la hora de obrar. Todos los cuerpos de la guarnición recibieron la orden de ocupar las posiciones que previamente les habían sido designadas para un caso de combate, y mientras el general Gemeau, que mandaba la división militar, se dirigía al palacio de la Prefectura, sitiado durante unos momentos, y mantenía por medio de enérgicas disposiciones la tranquilidad de la ciudad, una columna de ataque, compuesta en su mayor parte de once compañías del 17.º ligero y mandada por el general Magnán, marchaba sobre la Croix-Rousse, foco de la insurrección. El general Magnán recorrió el frente de sus fuerzas y les recordó que habían de vengar el honor de su bandera, comprometido por la mañana, y aquellos valientes soldados escalaron resueltamente el atajo que conduce desde el Saona á la cumbre de la meseta. Así que llegaron allí, atacaron con extraordinario vigor las casas situadas á derecha é izquierda de la gran plaza, mientras la artillería, á su vez, se formaba en batería al descubierto, á ciento veinte metros de las dos principales barricadas y rompía el fuego. Casi al mismo tiempo, un batallón del 6.º ligero, mandado por el coronel O'Keefe, atacaba el arrabal por el flanco. A pesar de este doble ataque, el combate fué largo y se prolongó hasta las cinco, porque las barricadas eran numerosas, y muchas de ellas fueron enérgicamente defendidas. Al fin los insurrectos, cogidos entre dos fuegos, hubieron de cesar en su resistencia, cayendo setecientos de ellos en poder de las tropas (1).

Al día siguiente quedaba restablecida la tranquilidad en Lyon. En las localidades vecinas, como Vienne, Rive-de-Gier y otras, la energía de la represión intimidó á los perturbadores que habían presenciado estremecidos la lucha. En París, el ministerio supo por el mismo despacho el principio y el fin de la sublevación. Desgraciadamente la insurrección, más terca allí que en la capital, no había podido ser vencida sino á costa de sacrificios dolorosos; el número de insurrectos puestos fuera de combate se calculó en 150, y durante la acción ó después de restablecida la paz, fueron reducidas á prisión 1.487 personas (2). Por su parte, la tropa tuvo 80 bajas entre muertos y heridos, y sobre todo el 17.º li-

(1) Parte del general Magnán sobre los acontecimientos de Lyon (*Monitor* de 1849, pág. 2.095).

(2) Proceso de los insurrectos de Lyon (*Gazette des Tribunaux* de 30 de noviembre de 1849).

gero pagó generosamente su deuda á la causa del orden reparando de esta suerte su pasajero desfallecimiento. El capitán Mortel, que mandaba el destacamento de la Escuela veterinaria y que tan lamentablemente había dejado desarmar á sus hombres, se contó en el número de las víctimas, habiendo combatido como quien busca la muerte y habiéndola encontrado al atacar una de las barricadas. «Debía morir hoy, dijo; lo único que siento es no haber sucumbido ocho horas antes (3).»

V

Todo motín que fracasa determina una reacción. Así había sucedido en 1848 después de la insurrección de Junio. Lo mismo ocurrió después de la insensata tentativa de Ledru-Rollín y sus amigos. Intérprete de la población honrada, la prensa moderada mostróse unánime en condenar el atentado. A la indignación general se unía el dolor de la epidemia que desolaba á la ciudad; al elogio de Changarnier victorioso se agregaba el sentimiento causado por la muerte de Bugeaud; al egoísmo feroz de los revolucionarios se oponía el ejemplo del presidente de la República, que en aquel momento visitaba los hospitales y cumplía con un valor lleno de sencillez sus deberes de jefe de Estado. El arma del ridículo era esgrimida con saña. Los representantes cuyos nombres habían sido estampados al pie de los manifiestos y llamamientos á las armas del 12 y 13 de junio, acudieron en gran número á protestar humildemente en la tribuna contra el abuso de su firma. Semejante humildad después de tal jactancia excitó á la opinión en vez de desarmarla, y no hubo bastantes burlas para las desaprobaciones tardías de aquellos *penitentes rojos*. La malicia pública se complació en hacer notar que muchos de aquellos altivos demócratas se habían cortado la barba, como para asegurar su huida. Casi se envolvía en la misma censura á los Montañeses facciosos del Conservatorio y á los Montañeses más tímidos que se habían encerrado en su casa esperando que la insurrección hubiese triunfado para aclamarla.

Tal disposición del espíritu público dictaba á la Asamblea y al gobierno su conducta.

La Asamblea no se contentó con dar un voto de gracias al ejército, á la guardia nacional y al general en jefe. Votó con urgencia una ley que concedía por un año al poder la facultad de prohibir los clubs peligrosos. Suspendió la aplicación del artículo 67 de la ley de 1831 que proscibía la reunión en una misma persona del mando de las tropas y de la guardia nacional, consagrando y legalizando de este modo el poder exorbitante del general Changarnier. Autorizó al gabinete para aplazar hasta el 1.º de enero de 1850 la reorganización de las legiones octava, novena y dozava, disueltas desde el mes de junio de 1848. La legión de artillería fué disuelta también, y una de las compañías de la quinta legión fué licenciada. Los representantes autorizaron sucesivamente los procesamientos de todos sus colegas que habían tomado parte en la reunión del Conservatorio de Artes y Oficios. Ledru-Rollín, Considérant, Boichot, Rattier, Félix Pyat y otros fueron entregados á la

(3) Parte del general Gemeau, comandante de la 6.ª división militar, sobre la insurrección de Lyon (*Monitor* de 1849, página 2095).

justicia. Apresurémonos á decir que casi todos habían emigrado de Francia, eludiendo la responsabilidad de su obra. Los que habían sido presos en el Conservatorio fueron casi los únicos que comparecieron ante sus jueces. Ledru-Rollín, de palabra sonora y alma pusilánime, no fué de los últimos en pasar al extranjero.

La actitud del gobierno no era menos resuelta que la de la Asamblea. Entre los agentes secundarios del motín operáronse numerosas prisiones. La escuela de Alfort, que había dado algunos de sus alumnos á la sedición, fué licenciada. A pesar de su alta notoriedad científica, Pouillet, director del Conservatorio, fué destituido: se le acusó de falta de energía y de no haber dado á la autoridad más que informes tardíos. En una circular de 22 de junio, el ministro de la Justicia, Odilón Barrot, ordenó á los procuradores generales que persiguieran como sediciosos los gritos de «¡viva la República social!» y la exhibición de la bandera roja; y les recomendó además que redoblasen la vigilancia respecto á los agitadores socialistas y á los repartidores que inundaban de folletos las poblaciones rurales. Por su parte, el ministro del Interior insistió para que los prefectos aplicasen sin debilidad alguna la reciente ley sobre los clubs (1).

Naturalmente, estas medidas, decretos y circulares provocaban los clamores de la Montaña. Después del abatimiento que les causaron los sucesos del 13 de junio, recobraron, pocos días después, su habitual actitud. La ausencia de Ledru-Rollín les privaba de su principal orador. Para desquitarse de aquella pérdida, multiplicaban sus interrupciones. Era tal su violencia, que fué necesario dictar un reglamento para castigar las intemperancias de lenguaje y las vías de hecho entre representantes. A pesar de aquellas iras, el ministerio se mantenía firme. La opinión pública parecía de acuerdo con el gabinete. Hubo elecciones complementarias, y el resultado fué favorable al gobierno: fueron derrotados los socialistas y hasta los republicanos moderados, á excepción de Lamartine y Julio Favre, que resultaron elegidos.

Una nueva ley de imprenta había de marcar mejor que nada aquella política de reacción. El jefe del Estado había sido objeto de atrevidos ataques, y la insurrección cínicamente glorificada: la víspera del 13 de junio, ciento cincuenta periódicos habían anunciado en términos casi idénticos la próxima toma de armas y se habían practicado tentativas de soborno entre los soldados. Un mal más grave se unía á los demás; eran profusamente repartidos por pueblos y aldeas una infinidad de almanaques, folletos y periodiquillos que predicaban el socialismo; siendo de temer que las poblaciones rurales, menos armadas contra el sofisma, fuesen en breve más perversas que las capitales. La Asamblea aprobó con urgencia una ley destinada á reprimir aquellos ataques y evitar aquella propaganda.

Durante la discusión de dicha ley, Thiers y Montalembert pronunciaron dos grandes discursos.

El primero, con una lógica implacable, demostró que el proyecto de ley presentado en la Asamblea por el gabinete no era, en muchas de sus partes, más que el complemento de la ley de 11 de agosto de 1848, obra

(1) *Monitor* de 1849, págs. 2135 y 2143.
TOMO X

de Marie. Así desarmaba de antemano á la oposición de los republicanos moderados.

Montalembert hizo con la más curiosa mezcla de elevación, de humildad y de malicia su confesión y la de sus amigos.

«...Hace catorce años que empecé mi carrera política, viniendo á votar y hablar contra las leyes de septiembre, dijo el gran orador católico. Hoy vengo á votar y hablar en pro de una ley que, según nuestros adversarios, es peor que las leyes de septiembre. No soy aquí el único que ha de obrar así (*risas irónicas en la izquierda*); otros, más ilustres que yo, se hallan en el mismo caso. Por tanto, quiero explicar esta diferencia de conducta.

»Hace quince años, crémos que Francia era bastante robusta para resistir al régimen de libertad absoluta que existía entonces... Hoy la encontramos profundamente enferma. Hay que salvarla, y salvar con ella á la libertad.» (*Sonrisas en la izquierda*.)

Montalembert enumeró luego con una elocuencia patética las víctimas de los excesos de la prensa; estas víctimas son el obrero á quien se engaña, los campesinos en quienes se suscitan las concupiscencias, y sobre todo los soldados, esos hijos del pueblo, que pagan con su sangre el precio de todas las declamaciones socialistas.

«¿Son los socialistas los únicos culpables?, añadió Montalembert con un acrecentamiento de elocuente sinceridad. ¿No tienen su parte de responsabilidad esas gentes que, después de toda victoria del orden, parecen pedir perdón al desorden por haberle vencido? El que se titula conservador ¿no tiene nada que reprocharse?.. ¿Quién lee los malos periódicos y los compra? ¿Quién tiene la afición depravada á la oposición permanente y perpetua? ¿No estamos todos acostumbrados á una indulgencia infatigable por todo lo que ataca el poder y á una implacable severidad contra todos los actos de este mismo poder, sea cual fuere?.. ¿A quién hemos de acusar de tan extraña inconsecuencia? ¿No la cometen los conservadores, los propietarios, los moderados?.. Para ellos, el colmo de la imparcialidad consiste en permanecer apartados y juzgar los golpes como si no fuesen dirigidos contra nosotros.» (*Señales de aprobación en la derecha*.)

Legitimistas, republicanos, antiguos miembros de la oposición dinástica, católicos, todos eran comprendidos por el orador en el mismo reproche... «Después de haber hecho el proceso de todo el mundo, continuó Montalembert, permitidme hacer el mío en dos palabras. Estuve en la oposición: mi voz, debo decirlo, aumentó con sobrada frecuencia aquel clamor temerario é insensato que de todas partes se alzaba en Europa y que terminó con aquella explosión que amenazó derribar todos los tronos. No me perdonaría si me creyese bastante importante para haber contribuido á las catástrofes que sobrevinieron. Todos fuimos, en grados diferentes, culpables en vez de esa gran ley del respeto sin la cual no podéis concebir ninguna de las grandes cosas que pretendemos defender: ni la religión, porque ¿qué es la religión sin el respeto?, ni la propiedad: porque ¿qué es la propiedad sin el respeto?, ni la familia, porque ¿qué es la familia sin el respeto? El respeto es el que nos hace buenos; el desprecio y la injuria nos hacen malos. Al olvidar esa gran ley del respeto, olvidamos las

condiciones mismas de la libertad; olvidamos que era una planta delicada y duradera á la vez, pero que necesitaba mucho tiempo para fortificarse. La tratamos como á esos pobres chopos que á veces se le da por símbolo, que se arrancan de raíz y se plantan con cintas en medio de adoquines; allí perecen, despreciados y olvidados. (*Risas de aprobación en la derecha.*) La libertad no es eso. La libertad es una encina de profundas raíces que crece lentamente, que adquiere lentamente robustez, y que, una vez bien arraigada, extiende sus ramas y sirve de abrigo, consuelo y honor á numerosas generaciones... La libertad puede nacer de una revolución; pero entonces no puede vivir sino con la condición de matar á su madre.» (*Aprobación en la derecha.*)

Montalembert era á la vez patético y amargo, sentimental y provocador: estas dos notas tan distintas que se mezclaban continuamente en sus labios constituían á un mismo tiempo el encanto y el peligro de su elocuencia. Hubiera dejado de ser quien era si, á las magníficas palabras que hemos reproducido y que honrarán eternamente á la tribuna no hubiese añadido algunos de aquellos sarcasmos que le valían, de un modo particular; los odios de la Montaña.

«Se nos reprocha, dijo al terminar, el abuso que nosotros, la mayoría, hacemos de nuestro poder... Vosotros estáis en minoría y, el otro día, nos excluisteis de la ley... De ahí podéis deducir lo que haríais si estuvieseis en mayoría. (*Viva aprobación en la derecha.*)

»Se ha hablado de represalias... Pues bien, yo las acepto.

»Sí, si nuestros periódicos predicán jamás la guerra civil; si dicen jamás como los vuestros: *¡Hoy la pluma y mañana el fusil!*, consentimos de antemano en que estos periódicos sean suprimidos; si venimos á esta tribuna á proclamar el llamamiento á las armas; si, después de esto, nos echamos á la calle; si protestamos contra el mandato de nuestros colegas; si esto me sucediese á mí, y si, después de haber cometido todos estos crímenes, no los pagase más que con unos cuantos meses de arresto preventivo ó unos cuantos años de cárcel, me resignaría, me consolaría y os lo perdono de antemano. (*Risas.*)

»Pero lo que no me perdonaría jamás sería el no aprovechar el tiempo en que somos mayoría para hacer buenas leyes y consolidar la autoridad.»

Así habló Montalembert. La discusión, empezada el 28 de julio, terminó el 29. El proyecto de ley fué adoptado por 400 votos contra 146. Esta ley, promulgada en seguida, hacía extensivos á los ataques contra el presidente de la República los artículos primero y segundo del decreto de 11 de agosto de 1848: castigaba con penas severas las tentativas de soborno contra los militares, la apología de hechos calificados de crímenes por la ley penal, la apertura de suscripciones públicas para cubrir los gastos de condenas judiciales. Finalmente, los repartidores de impresos no podían ejercer su profesión sino mediante una autorización prefectoral.

Antes y durante la discusión de la ley, ciertos periódicos reaccionarios extremaron aún los argumentos de los oradores de la Asamblea, al punto de reprochar á Dufaure sus supuestas complacencias con los protegidos del general Cavaignac; desconfiaban del ministro de Hacienda Sr. Passy, porque se decía que era economis-

ta; la mala economía política había dado tan malos resultados, que hasta de la buena se empezaba á sospechar; desdenábase á los hombres de 1848, de los cuales se decía que lo único bueno que habían hecho lo habían imitado de la monarquía, con más violencia y menos habilidad. Estas disposiciones eran tan poco disimuladas que circularon rumores de golpes de Estado.

Apresurémonos á decir que estos rumores fueron pronto desmentidos. El presidente de la República aprovechaba la buena estación para visitar algunas de las ciudades más próximas á la capital: las inauguraciones de ferrocarriles, las distribuciones de banderas á las guardias nacionales servían de pretexto natural para aquellas excursiones. Y los discursos del príncipe marcaban entonces una moderación y una nobleza de miras dignas de la aprobación general. En Chartres, Luis Napoleón recordó oportunamente que San Bernardo predicó en aquella ciudad la segunda cruzada, que allí fué consagrado Enrique IV, é inspirándose en estos dos grandes nombres, brindó por la religión y por la concordia. En Amiéns invocó el recuerdo del tratado de 1802, por desgracia roto en seguida, y celebró los beneficios de la paz. Pocos días después, obedeciendo á uno de esos caprichos propios de los antiguos emigrados, encaminóse hacia la ciudad de Ham; y allí, con una sinceridad que entonces nadie podía poner en duda, repudió con una grande y solemne desaprobación las temerarias empresas de su juventud. «He venido á Ham, dijo, no por orgullo, sino por gratitud. Deseaba dar las gracias á los habitantes de esta ciudad y de sus contornos por todas las muestras de simpatía que no cesaron de darme durante mis desdichas. Hoy que, elegido por Francia entera, soy el jefe legítimo de esta gran nación, no podría vanagloriarme de un cautiverio que tenía por causa el ataque á un gobierno regular. Cuando se ha visto de qué modo las revoluciones más justas acarrear males, se comprende difícilmente la audacia de haber querido asumir la terrible responsabilidad de un cambio. No me quejo, pues, de haber expiado aquí, con un cautiverio de seis años, mi temeridad contra las leyes de la patria, y es con una viva satisfacción que, en el mismo punto en que sufrís, os propongo un brindis en honor de los hombres que están determinados, á pesar de sus convicciones, á respetar las instituciones de su país.»

No era posible rendir más digno homenaje á la majestad de las leyes. Seis días después, desde la tribuna, el ministro del Interior Sr. Dufaure acabó de desmentir los rumores de golpe de Estado; y, á la verdad, su sola presencia en el gabinete era una garantía.

La Asamblea se prorrogó el 11 de agosto hasta el 1.º de octubre, dejando á París más tranquilo que no había estado en mucho tiempo. El cólera estaba en pleno decrecimiento, y había desaparecido á los primeros fríos de otoño, no sin haber acumulado lutos en la ciudad. Calculóse que el número de las víctimas de la epidemia, en París, elevóse á 19.264 sobre 1.083.000 habitantes (1). Las pasiones políticas dormitaban; no

(1) *Rapport sur les épidémies de choléra-morbus de 1817 à 1850*, por Briquet (*Mémoires de l'Académie de Médecine*, tomo XXVIII, pág. 211). Los barrios más castigados fueron los de Saint-Marceau, de los Inválidos y la isla de San Luis. El hospicio de la Salpêtrière, sobre una población de 4.000 personas ancianas ó en-

faltaba quien asegurase erróneamente que quedaban dominadas para mucho tiempo. Los trabajos de la siega ó de la vendimia y las pacíficas deliberaciones de los consejos generales iban á hacer descansar de los irritantes debates de la política. Una cuestión subsistía, sin embargo, y era la *cuestión romana*. Y á Roma hemos de volver para reanudar el interrumpido relato de nuestras operaciones militares y de nuestras negociaciones.

VI

El combate del 3 de junio, conforme hemos dicho en el capítulo primero de este libro, había rechazado á los defensores de Roma hasta el pie de los muros de la ciudad, desalojándoles de casi todas sus posiciones avanzadas. Obtenidas estas ventajas, el general Oudinot se dispuso á abrir la trinchera en el terreno mismo que había conquistado, es decir, entre la iglesia de *San Pancracio* y las escarpaduras que bajan á la vía Portuense, delante del Testaccio. Esta parte de la ciudad estaba defendida, como se ha dicho, por el recinto amurallado de Urbano VIII y más atrás por el recinto Aureliano. El primero de los dos recintos tenía por esta parte cuatro baluartes que, yendo de Sur á Norte, fueron designados con los números 6, 7, 8 y 9. Por este lado desplegaron todos sus esfuerzos los sitiadores.

El 4 de junio, á la caída de la tarde, mil doscientos gastadores reunidos en la ruta de *Monte Verde*, bajo la protección de dos batallones de infantería, fueron conducidos al sitio donde tenía que abrirse la trinchera. A pesar de las dificultades del terreno, los trabajos se llevaron á efecto con actividad. La primera paralela se estableció á trescientos metros de los muros más avanzados (1). Al amanecer, la trinchera, empezada entre once y doce de la noche, tenía casi en toda su extensión un metro de ancho y un metro de profundidad. Continuáronse los trabajos en las noches siguientes, y las lluvias que sobrevinieron los contrariaron sin interrumpirlos. A la verdad, el tiro del enemigo era singularmente incómodo; porque la artillería romana, numerosa y bien servida, hacía fuego desde frente del Vaticano hasta el Testaccio. Sin embargo, los gastadores se hallaban generalmente á cubierto, y el mal fué menor de lo que se temía. Algo más tarde se puso á disposición de los oficiales de trinchera, para proteger las operaciones, cierto número de tiradores escogidos entre los cazadores de Vincennes.

Mientras los ingenieros continuaban su obra, los artilleros construían baterías de sitio, baterías desgraciadamente menos numerosas y menos bien armadas de lo que se hubiera deseado. Al mismo tiempo varios cuerpos de tropa practicaban reconocimientos en las inmediaciones de la ciudad. El 10 de junio, un destacamento compuesto de varias compañías del 13.º regimiento ligero y de gastadores fué enviado hacia el Anio á cortar los puentes de *Salarno*, *Nomentano* y *Mammolo*. Al día siguiente, el general Morris fué hasta Frascati

fermas, contó 952 víctimas (*Mémoires sur la mortalité comparée des quartiers de Paris pendant l'épidémie de 1849*, por M. Bouvier; *Mémoires de l'Académie de Médecine*, tomo XVII, página 337).

(1) Vaillant, *Siège de Rome*, pág. 42.

con un piquete de caballería. Aquellas expediciones tenían por resultado inquietar al enemigo, interceptar los convoyes de víveres, aislar cada vez más la ciudad. En cada una caían algunos prisioneros. Los soldados franceses eran generalmente bien recibidos por los habitantes de los pueblos. En cuanto á los sitiados, sus ilusiones, alimentadas por nuestra larga inacción, subsistían aún; sin embargo, la apertura de la trinchera y el armamento de nuestras baterías empezaban á dar á comprender á muchos la gravedad de la situación. Si bien se sentían capaces de resistencia detrás de las murallas, era evidente que no podían tomar la ofensiva. En vano intentaron el 11 de junio incendiar el puente de *Santa Passera*, ocupado por nuestras tropas. Al día siguiente, una salida intentada por ellos fué rechazada, no sin pérdidas considerables de su parte. Finalmente, el 15 de junio, un ataque contra el *Ponte Molle*, tomado el día 3 por los franceses, condujo á una sangrienta derrota (2).

En suma, había empezado el sitio, sitio metódico, conforme á las reglas del arte militar, destinado tal vez á desorientar con sus dilaciones las impacencias de los más fogosos, pero teniendo que conducir, por la fuerza misma de las cosas, á la caída de la plaza sitiada.

La elección del diplomático llamado á reemplazar á Lesseps revelaba, tanto ó más que las operaciones militares, la resolución de acabar con la demagogia romana. Este diplomático era el Sr. de Corcelles. Amigo personal de Cavaignac, el Sr. de Corcelles, mucho antes del asesinato de Rossi, había aconsejado al jefe del poder ejecutivo una intervención inmediata en Italia. Enviado á Gaeta á fines de 1848, se había granjeado, tanto por su lealtad como por sus convicciones cristianas, la confianza de Pío IX, y, de regreso en Francia, no había cesado de combatir el sistema de aplazamiento que tanto tiempo prevaleció. A este personaje confió el gabinete, el día 5 de junio, la misión de trasladarse al campamento francés. Se le confirieron poderes extraordinarios para que pudiese asumir la dirección de los negocios, en caso de necesidad. «Soy el *anti-Lesseps*,» dijo en seguida el Sr. de Corcelles; y no tardó en probarlo. Antes de salir de Marsella, provocó el embarque inmediato de cinco mil hombres de refuerzo escalonados hasta entonces en las costas de Provenza. Una vez en el cuartel general, enteróse de que Mazzini denunciaba el ataque de Roma como contrario al derecho de gentes, por cuanto el tratado de Lesseps, al decir de los triunviros romanos; no había sido desechado oficialmente por el gabinete de París. Inmediatamente el enviado francés, en una carta al canciller de la embajada Sr. de Gerando, que se había quedado en Roma, protestó contra semejante pretensión, y afirmó altamente que los poderes de su antecesor fueron revocados ya el 29 de mayo. Oudinot estaba aún imbuído de las ideas que Lesseps, con su habilidad persuasiva, había difundido en torno suyo. Sin dejar de continuar sus operaciones militares, mantenía algunas negociaciones con los defensores de Roma. Así es que recibió á un francés, llamado Lombard, corresponsal del *National* en Roma y partidario de los sitiados. El Sr. de Corce-

(2) Vaillant, *Siège de Rome*, págs. 63, 68, 70, 71 y 82. Parte del general Oudinot, 11, 12, 13 y 17 de junio (*Monitor* de 1849, págs. 2112 y 2143).

lles combatió en seguida aquellas postreras influencias de una política ya condenada. «Semejantes negociaciones no pueden ser para nosotros de ningún provecho, decía. La audacia de nuestros adversarios crecerá á medida de nuestras vacilaciones.» No satisfecho con este lenguaje, el diplomático francés no desperdiciaba ocasión de proclamar el objeto de la empresa, que consistía «en asegurar la libertad del jefe de la Iglesia, la libertad de los Estados pontificios y la paz del mundo (1).» Oudinot escuchaba, no sin simpatía, aquellas firmes declaraciones que respondían á sus sentimientos íntimos. Con la simpatía se mezclaba, sin embargo, alguna sorpresa: tanta claridad después de tantas ambigüedades le confundía: su espíritu de tal modo se había acostumbrado á las soluciones complicadas que comprendía con dificultad las soluciones sencillas; y si repudiaba al negociador de ayer que durante tanto tiempo había paralizado la acción de su ejército, vacilaba en entregarse al nuevo diplomático que usaba con él un lenguaje no acostumbrado hasta entonces.

Mientras tanto las operaciones del sitio continuaban con lentitud, pero con regularidad. Los ingenieros proseguían los trabajos de la trinchera. En cuanto á las baterías, hasta el 13 de junio no habían contestado, á raras intervalos, al tiro del enemigo, porque subsistía una quimérica esperanza de rendición voluntaria. El 13 de junio, como los sitiados hubiesen rechazado una postrera intimación, se acordó activar el ataque. El material de artillería era todavía poco considerable: aun utilizando todas las piezas recién desembarcadas, se disponía únicamente de veintiuna. A pesar de esta insuficiencia de recursos, nuestras piezas, tirando todas á la vez, no tardaron en causar gran daño al enemigo. Pocas horas después disminuyó el fuego de los sitiados. Al anocheecer, la escarpa de los bastiones 6 y 7 quedaba descresada. Por parte de los franceses sólo una batería resultó seriamente deteriorada. Los días siguientes, la lucha continuó. Cuando los sitiadores hubieron avanzado hasta sesenta metros de los revestimientos de los muros, montaron tres baterías de brecha. Desde aquel momento, nuestros progresos fueron más rápidos. El 21 se habían abierto tres brechas: la primera en la parte derecha del baluarte número 6; la segunda en la parte izquierda del baluarte número 7, y la tercera en la cortina intermedia. Habiéndose reconocido que estas tres brechas eran practicables, decidióse el asalto para la noche siguiente. Mas, previniéndolo todo, se acordó que, una vez tomados los baluartes, no se intentaría en seguida forzar el segundo recinto, sino que se instalarían sólidamente en las posiciones conquistadas, para inclinarse más tarde hacia la izquierda, apoderarse del bastión número 8 y ganar la puerta de San Pancracio, punto culminante desde el cual dominarían en absoluto todos los alrededores y desde el cual podrían bajar hasta el centro de la ciudad.

Cerca de las nueve y media de la noche, formáronse tres columnas compuestas cada una de dos compañías escogidas y de una escuadra de gastadores. A las once, á una señal del coronel Niel, las tres columnas se pusieron en movimiento. Para burlar la vigilancia del enemigo, se estaban haciendo diversiones á la izquierda del

(1) *Lettre à M. de Gérando*, 13 junio.

Tíber: el teniente coronel Espinasse simuló un ataque por el lado de la basílica de San Pablo; el general Gueswillier tomó posición no muy lejos de la *villa Borghese*. En el momento en que nuestros soldados iban á emprender el asalto, varios fuegos de bengala encendidos por los romanos en su segunda línea de defensa proyectaron de pronto vivos resplandores sobre todo el terreno inmediato, y se temió un instante que aquella intempestiva claridad contrariase las operaciones empezadas. Mas las bengalas se apagaron pronto, quedó todo sumido en la obscuridad, y nuestras tropas siguieron adelante. En el baluarte número 7 la brecha fué escalada sin dificultad: los defensores de la plaza se dispersaron después de una sola descarga, dejando unos cincuenta prisioneros, entre ellos un teniente coronel que en aquel momento hacía una ronda por la muralla. La columna de ataque del centro tomó también sin obstáculos la brecha de la cortina. La columna de la derecha, encargada de operar contra el baluarte número 6, fué recibida con un vivo tiroteo y sufrió sensibles pérdidas: sin embargo, venció la resistencia. Al despuntar el día, los soldados franceses se hallaban instalados y fortificados en los baluartes; pero se mantuvieron en ellos con dificultad, porque desde las tres de la madrugada la artillería enemiga abrió el fuego de dos baterías. una establecida en la puerta de San Pancracio, y la otra delante de San Pedro *in Montorio*, causando destrozos en nuestras obras (2).

La importante operación militar intentada en la noche del 21 de junio había tenido pleno éxito. Eramos ya dueños de un punto del primer recinto fortificado, de modo que la rendición de la plaza no sólo era segura, sino que además podía considerarse como próxima. Sin embargo, al día siguiente, 22, un yerro de cálculo causó una pasajera inquietud. Se había calculado que, una vez en poder nuestro los baluartes números 6 y 7, un movimiento de conversión hacia la izquierda nos permitiría llegar fácilmente hasta el baluarte número 8 y de allí á la puerta de San Pancracio. Todos creían que la conquista de esta última posición, que dominaba toda la ciudad, marcaría el fin de la resistencia. Pues bien, una vez en el recinto, los franceses se vieron detenidos por la naturaleza misma del suelo que, á causa de su pendiente rápida hacia la ciudad, hacía casi imposible todo desarrollo de trincheras por la izquierda. Este obstáculo era tanto más serio, cuanto que la artillería de los sitiados cubría de proyectiles los baluartes ocupados por los sitiadores. El 24 de junio, principalmente, redoblaron aquellos esfuerzos, tanto que apagaron el fuego de una de las baterías francesas. Si hubiésemos intentado salir adelante, las piezas enemigas hubieran concentrado su fuego sobre las contravertientes por donde teníamos que avanzar. Por importantes que fueran las posiciones conquistadas, estábamos como encerrados en ellas y no podíamos adelantar sin exponernos á pérdidas muy considerables.

Semejante situación causó á los jefes militares una viva inquietud; inquietud agravada por consideraciones diversas. Sabíase que en Francia la opinión pública, deseosa de un pronto desenlace, se quejaba ya de la len-

(2) Vaillant, *Siège de Roma*, págs. 99 y siguientes.—Parte del general Oudinot, 22 de junio (*Monitor* de 1849, pág. 2.185).

titud del sitio. Sintiendo la necesidad de una pronta solución, el señor de Corcelles no cesaba de insistir cerca del general en jefe para que renunciase á inútiles miramientos. «La mejor manera de no bombardear demasiado, decía, es bombardear bastante... Es de temer que la prolongación del sitio haga creer que la resistencia tiene carácter nacional... Si en este momento fuese yo á Gaeta, me dirían que los austriacos se hubieran apoderado ya de Roma.» Al general Oudinot le impresionaba este lenguaje, pero vuelto á la prudencia después del descalabro del 30 de abril, temía sobre todo comprometer con un apresuramiento intempestivo el resultado final. En esto llegó al campamento francés una protesta firmada por cierto número de cónsules residentes en Roma y clamando en nombre del interés de las artes y de la civilización contra el bombardeo; esta protesta, arrancada á unos por el miedo, dictada á otros por un sentimiento de malevolencia contra nosotros, no descansaba sobre ninguna base seria, como se comprobó más tarde; pero desde luego produjo cierta impresión. De modo que unos se quejaban de que nuestra acción era demasiado tímida, y los otros de que era devastadora. A todas estas preocupaciones se unía la del clima. El estado sanitario había sido bueno hasta entonces; pero desde hacía algunos días soplabla el Sudeste, y según los habitantes del país, esto era indicio casi cierto de que se acercaba la estación de las fiebres.

Aquella dolorosa perplejidad duró poco. Comprendióse muy pronto que si reinaba algún desaliento entre los franceses, los sitiados tenían motivos más serios para desconfiar del porvenir. Todas sus tentativas de salida habían sido rechazadas. La fundición de Porto d'Anzio, de donde sacaban la mayor parte de sus municiones, había sido destruída por nuestras tropas. Los habitantes transtiberinos, por temor al bombardeo, emigraban en masa á los barrios de la margen izquierda y acampaban en gran mezcolanza en los palacios que sus dueños habían abandonado. Los defensores de la ciudad habían contado, no con un sitio metódico, sino con una guerra callejera en que hubieran llevado ventaja, y disimulaban mal su despecho bajo despreciativas burlas. «Los franceses adelantan como *topos á cubierto*,» decían desdeñosamente haciendo alusión á los lentos trabajos de los ingenieros. Conocíase el fracaso del motín parisiense del 13 de junio: y esta noticia, ocultada al principio, había trastornado á los más resueltos. Según los últimos informes, la discordia empezaba á reinar entre los jefes italianos Roselli, Garibaldi y Mazzini. Finalmente, circulaban por la ciudad rumores de defecciones. La toma de los baluartes 6 y 7 atribuíase á la traición. Empezaba á observarse en Roma la confusión, las acusaciones recíprocas, la sucesión de órdenes y contraórdenes que son señales precursoras de casi todas las capitulaciones.

Bajo aquellas impresiones favorables á nuestra causa, reanudáronse las operaciones militares. Sin duda la naturaleza del terreno hacía casi imposible el trabajo de avance regular proyectado; pero la artillería podía superar los obstáculos, que de otro modo no podían vencerse: á ella tocaba apagar el fuego de las baterías enemigas y permitir el asalto del baluarte número 8. Preparáronse, pues, los franceses para un combate de artillería, con tanta mayor confianza cuanto que al fin se había enviado de Francia un material más conside-

table. El número de piezas de artillería se elevaba ahora á cuarenta y cuatro, de modo que habían podido construirse nuevas baterías.

El 27, á las seis de la mañana, empezó aquella lucha á cañonazos que había de abrirnos las puertas de Roma. El enemigo contestó desde luego con un fuego muy vivo y perfectamente dirigido. Las piezas romanas, establecidas en lo alto del recinto Aureliano y en el contrafuerte de San Pedro *in Montorio*, causaban graves averías á las nuestras. La batalla duró todo el día con suerte casi igual: observóse, sin embargo, que el fuego de los sitiados disminuyó á la caída de la tarde. El 28, al amanecer, reanudóse el combate; pero esta vez las contestaciones de la plaza eran menos vivas que el día antes. A las once, los romanos no hacían ya fuego sino con algunas piezas ligeras que trasladaban con frecuencia de un punto á otro. Una hora después su fuego había cesado. Al mismo tiempo, una de las baterías abría brecha en el flanco izquierdo del baluarte número 8; á las cuatro y media de la tarde, la muralla se desmoronó; á las ocho, la brecha, aunque algo obstruída por gruesos sillares, era practicable.

El asalto, desde luego decidido para la noche siguiente, fué aplazado por veinticuatro horas. El día siguiente era la festividad de San Pedro. Los triunviros, por una extraña concesión á las antiguas costumbres de Roma, quisieron que la basílica del Vaticano se iluminase como solía hacerse en honor de la fiesta. Nuestros soldados, maravillados, no se cansaban de contemplar el mágico espectáculo de aquellas guirrnaldas de luz que iluminaban la ciudad y proyectaban sus resplandores hasta nuestros acantonamientos. A las dos y media de la madrugada, en el momento en que se extinguían las últimas luces de la cúpula, preparáronse en el campamento francés para la acción decisiva. El enemigo había concentrado en torno del baluarte número 8 sus mejores medios de resistencia; esta posición, como comprendía muy bien, era ya la única que podía detenernos. Cuatro piezas de artillería, en batería detrás del recinto Aureliano, se preparaban á tirar sobre la brecha: algo atrás se habían practicado importantes atrincheramientos; las casas próximas y en particular la *villa Spada* se hallaban formidablemente defendidas. Aquellas disposiciones de la defensa inspiraron las disposiciones del ataque. Un poco antes de la señal del asalto, una columna concentrada en el baluarte número 7 y compuesta de tres compañías selectas, á las órdenes del comandante Laforêt, salió á paso de carga de sus posiciones y se dividió inmediatamente en dos secciones. La sección de la derecha atacó, en medio de una granizada de balas, las trincheras del enemigo y mató á sus defensores; llegó hasta la *villa Spada*, que atacó sin entrar en ella, y torciendo á la izquierda, se lanzó contra la batería de cuatro piezas del muro Aureliano. La fracción de la izquierda, por su parte, se dirigió hacia la gola del baluarte número 8 y reunióse cerca de la batería Aureliana con el destacamento de la derecha. Mientras se verificaba esta importante operación, la columna de asalto, compuesta también de tres compañías y mandada por el jefe de batallón Lefèvre, asaltó, á pesar de un vivo tiroteo, la brecha del baluarte número 8, arrojó de allí á las tropas enemigas y llegó sobre la batería romana en el momento en que los soldados del comandante Laforêt acababan de apoderar-